

LA MEMORIA NOS LO ASEGURA: ES POSIBLE

GUILLERMO FERNÁNDEZ VARA

*Presidente de la Junta de Extremadura y del Patronato de la Fundación
Academia Europea de Yuste*

Quando peor van las cosas, es cuando se necesita más decisión, más ímpetu. Todo iba muy bien hasta que la crisis económica mundial hizo tambalearse la confianza que los ciudadanos del Viejo Continente teníamos depositada en la Unión Europea, con sus altibajos, sus frustraciones y sus alegrías, e incluso el distanciamiento con las decisiones de Bruselas. De pronto, los ataques a distintas economías nacionales hicieron peligrar a la propia moneda, el euro, que considerábamos una salvaguarda frente a los altibajos y vaivenes de los mercados financieros.

Los mensajes catastrofistas inundaron los medios de comunicación y parecía que Europa entera se había rendido ante los efectos del anverso de la globalización. Incluso se expandían mensajes de que no podíamos sostener el tan ejemplar 'Estado del bienestar' ante el avance de la ideología neoliberal, que impone recortes de derechos y avanza no solamente en Europa, sino en todas partes. La consecuencia es que el discurso europeísta, tan querido y tan copiado, está en retroceso y emerge otra vez el nacionalismo.

Son tiempos difíciles, pero ¿cuándo no lo fueron en el desarrollo de los pueblos? Pero, ¿es que ya no tenemos memoria? Marcel Proust, el inmortal autor de *A la búsqueda del tiempo perdido* escribió que a veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas y estableció una comparación entre la elaboración de su libro y la construcción de una catedral: una obra cuyos planos iniciales no son definitivos, sino que cambia y muta sujeta a múltiples designios.

La construcción de la Unión Europea empezó a fraguarse entre las dos grandes guerras mundiales y se consolidó tras la segunda, después de contabilizar millones de muertos. Y la memoria, tan quebradiza hoy en día, nos recuerda que nos iba la supervivencia y conse-

guimos que los padres fundadores, los líderes políticos de los años cincuenta del siglo pasado, llegasen a un acuerdo del que nacería lo que hoy nombramos como Unión Europea, que engloba nada más y nada menos que a 27 países, con sus tradiciones, culturas, lenguas y vivencias distintas.

Pasamos de estar en permanentes guerras sangrientas al mayor periodo de paz nunca conocido en este antiguo Continente, hacedor de culturas, exportador de comportamientos, para llegar a hacer realidad la utopía de las libertades democráticas y el Estado del bienestar, que mirarían con envidia naciones de otros continentes.

Y todo esto puede venirse abajo si dejamos que la economía nos domine de forma exclusiva y excluyente. Uno de los miembros de la Academia Europea de Yuste, el recordado Nobel de Literatura José Saramago, decía que si el poder real es el económico, entonces no tiene sentido hablar de democracia, y que los únicos interesados en cambiar el mundo son los pesimistas, porque los optimistas están encantados con lo que hay.

¿Hemos caído en la cuenta de que si cae la Europa social, también caerá Europa entera?

La memoria debe de servir para algo más que la peligrosa nostalgia. La memoria nos dice que Europa ha vivido periodos más graves y más negros, y que por fuerza de sus dirigentes y de sus habitantes, salimos adelante. A los tiempos difíciles, más ideas para llevar a la práctica, hacerlas efectivas. Es hora por lo tanto de que las ideas, los ideales, la política en suma, vuelvan a tener el protagonismo que merecen para que la ciudadanía se ilusione de nuevo con un proyecto europeo común, que reconquista el espacio libre y próspero de hace unos años.

A los sacrificios que tendremos que asumir todos, se sucederán años de concordia y si no creemos en ello no merecemos estar en la tarea. Porque entre todos superaremos las dificultades si tenemos fe en nuestras propias fuerzas y no renegamos de nuestras señas de identidad europeas, de libertad, de igualdad y de solidaridad, que hicieron que el proyecto de una Europa unida cobrase tal fuerza que se estudiara a imitar por otros Estados, por encima de los Pib y las cuentas de resultados.

Gran parte de este número de *Pliegos de Yuste* está dedicado a la memoria. Y conviene recordar que la Fundación Academia Europea de Yuste, desde Extremadura, viene manteniendo el mismo discurso de la Europa de los ciudadanos, la Europa social, en busca de una identidad europea, dentro de la diversidad de los pueblos y naciones que la conforman.

Desde 1992 venimos recalcando que los ciudadanos son el objetivo primordial del desarrollo, y que además del económico, tan importante, hay que potenciar la educación, la cultura y el entendimiento, porque sin estos

factores no merecería la pena la lucha permanente por el desarrollo material.

Este mismo número de *Pliegos* —el undécimo ya— es una evidencia de lo dicho, como lo son las declaraciones de la Academia Europea de Yuste «Europa: una cultura para la solidaridad», «Europa ante el envejecimiento demográfico», «La Europa Social y de los ciudadanos» y «Lo que todos los escolares europeos deberían saber sobre Europa», así como los Premios Europeos Carlos V que han recaído, por decisión de un jurado internacional de renombre, en Jacques Delors, Wilfried Martens, Felipe González, Mijaíl Gorbachov, Jorge Sampaio, Helmut Kohl, Simone Veil y Francisco Javier Solana.

Todos ellos son memoria viva y ejemplo del camino a seguir. El proyecto de una Europa unida superará las destemplanzas financieras como superó otras adversidades que la Historia —la memoria— nos recuerda con precisión. La Europa de los ciudadanos y del Estado del bienestar es posible.

